
CAPITULO XV

Algunas consideraciones sobre el período de la Intervención y el Imperio.
Diferentes juicios respecto á Juárez.

Atribuir á Juárez toda la gloria del período que acabo de reseñar, sería una exageración y una injusticia. Escatimar á Juárez la gloria, para colocarlo como elemento de segundo orden, es ignorancia ó mala fe.

Juárez fué el principal personaje en esa epopeya, la figura colosal y culminante, el héroe. Centro de toda la acción, propulsor de todo movimiento; la encarnación del principio de resistencia activa, si es que puede decirse así, secundado por el patriotismo infatigable del pueblo, ayudado eficazmente por sus ilustres Ministros Don Sebastián Lerdo de Tejada y Don José María Iglesias, y por sus muy gloriosos Generales Don Porfirio Díaz, Don Mariano Escobedo, Don Ramón Corona, estrellas de primera magnitud en las inmensas pléyades en que figuraron Régules, Manuel González, Arteaga, Salazar, Treviño, Naranjo, Rocha, Juan N. Méndez, Alejandro García, Félix Díaz, Patoni, Angel Martínez, Alatorre, Antillón, Berriozábal y tantos otros que recuerda con orgullo nuestra Historia patria.

Esa defensa heroica servirá de ejemplo al mundo y demostrará siempre lo que vale la tenacidad de carácter al servicio del buen derecho.

Hay quienes pretendan que el desenlace de la intervención y del imperio se debió únicamente á los Estados Unidos; hay

otros que niegan por completo la eficacia de esa nación para que se obtuviese el triunfo final. Ambas opiniones extremas son infundadas.

El principal elemento de triunfo se encuentra en Juárez como caudillo, y en sus ministros, y en sus capitanes y en el pueblo mexicano. Sin el auxilio de los Estados Unidos, directo ó indirecto, se hubiera triunfado, más temprano ó más tarde, porque la intervención era impotente para dominar de un modo definitivo; porque sus aliados, los traidores, estaban odiados; porque la monarquía es un principio que no prospera en México, y porque Maximiliano era el hombre menos á propósito para la colosal empresa que se había acometido.

Mr. Clyde Augustus Duniway, Profesor adjunto de la cátedra de Historia en la Universidad de Leland, Stanford (E. U.), publicó un estudio sobre las razones por las que se retiró de México el ejército francés. En él dijo: «Nadie negará que la sólida amistad de los Estados Unidos con el Gobierno republicano de México contribuyó materialmente á la caída del imperio de Maximiliano. Con todo, la *catástrofe fué claramente el resultado de influencias más vastas que la política de una sola nación*, y para que el historiador se dé cuenta exacta de la cuestión, debe considerar, á lo menos, cuatro puntos principales, á saber: la exposición de las condiciones de México en aquel entonces, el conocimiento de las demandas de políticos de Francia, la apreciación de los trastornos en las relaciones europeas, y el conocimiento de la actitud de los Estados Unidos hacia la política de Napoleón en México.»

Seguiré extractando el referido estudio.

Grandes esfuerzos y grandes operaciones fueron necesarios para establecer un imperio que los habitantes de México no aceptaban con agrado. *Ninguna victoria en el campo de batalla bastó para reprimir la resistencia armada contra el ejército invasor.*

La distribución de 35,000 hombres en guarniciones, no fué suficiente para destruir la autoridad del Gobierno republicano en las regiones que no estaban continuamente vigiladas por poderosas fuerzas militares.

El Teniente Coronel Bressonet escribió en Abril y Junio de 1865, que la pacificación de México había comenzado apenas y que nadie podía prever su conclusión. En Agosto y Septiembre el mismo oficial envió informes más desanimadores aún, de espantosos desórdenes, diciendo que la sociedad mexicana estaba completamente corrompida, y que no tenía esperanzas de buen éxito bajo Maximiliano, ni en presencia de tales condiciones. Los generales Douay y Neigre manifestaron también, en Septiembre (1865), que Maximiliano no era capaz de mantener el orden y la paz *ni aun con ayuda del ejército francés.*

Maximiliano, *debido á su ignorancia*, hizo patente su incapacidad personal, por lo que se enajenó la buena disposición en que se basaba toda su seguridad.

Pasó Napoleón del desaliento al disgusto, y del disgusto á la desesperación, que lo condujo á buscar remedio para tan inútiles sacrificios. Las cuestiones de política interior tendieron á acentuar esta inclinación. Una serie de deficientes hizo al fin necesaria la adopción del programa de economías sostenido por Mr. Fould. Este Ministro, en unión de los demás miembros del Gabinete, *desaprobó la expedición á México*, y pudo fácilmente demostrar *que no había ninguna esperanza razonable de establecer un imperio nuevo que pudiera sostenerse por sí mismo.*

Los diputados Thiers y Picard se deshicieron en prolijos ataques contra el gobierno, por sus faltas en la lejana expedición y por los onerosos gravámenes que impuso al erario francés. Los comentarios de la prensa no dejan duda de que la política del Emperador respecto de México era decididamente impopular, tanto entre el público como entre los políticos de todas las escuelas.

En Enero de 1865 regresaron á Francia 8,000 hombres del cuerpo expedicionario.

La situación de la Francia con respecto á la nueva demarcación de límites de las naciones europeas y la política agresiva de Bismarck, fueron otro manantial de inquietudes para Napoleón. Había permanecido neutral en la lucha por la consolidación italiana, y obtuvo á Saboya y á Niza en pago de su política. Los resultados de la guerra del Schleswig-Holstein lo

pusieron frente á frente del problema del engrandecimiento indebido de la Prusia. Previó con claridad una guerra inminente de supremacía entre Austria y Prusia. Debía estar preparado para cualquiera eventualidad, debía tener listas todas sus fuerzas si quería imponer respeto y obtener beneficios substanciales para Francia. En esta grave crisis de las complicaciones europeas, llegaría á ser muy esencial para Francia libertarse de los obstáculos de la intervención en México.

Cuando Napoleón se encontraba en circunstancias tan aflictivas, comenzaron los Estados Unidos sus gestiones para obligarlo á evacuar á México, gestiones que fueron cada vez más exigentes y perentorias, hasta asumir un tono altanero.

«Seward, continúa diciendo Mr. Duniway, jugó hábilmente esta partida de diplomacia. En días de adversidad nacional dió á Francia la suave contestación que dispó todo rencor. Midiendo el tiempo, *esperó hasta que supo que las circunstancias, más fuertes que los deseos de Napoleón, habían sentenciado irremisiblemente el fracaso de la expedición á México.* ENTONCES, PERO SÓLO ENTONCES, se aventuraron los Estados Unidos en exigencias que debían ser satisfechas, *porque el adversario no podía aceptar el reto.*

«La retirada del apoyo francés al Imperio de Maximiliano, estuvo principalmente determinada *por causas en las cuales los Estados Unidos sólo pudieron influir indirecta y superficialmente.*»

Los Estados Unidos, pues, no fueron ni siquiera un factor para obligar á los franceses á que se retiraran; pero sí fueron el factor determinante para precipitar esa retirada, cubriendo de ignominia á Napoleón.

Así es que la inmensa gloria de haber hecho fracasar la intervención y de haber derrocado al Imperio, ES ESENCIALMENTE NACIONAL, y se debe únicamente á Juárez, al pueblo y á sus nobles caudillos.

Castelar, el grandilocuo orador español, dijo, en los momentos más angustiados para nuestra Patria, estas elocuentes palabras, que encerraban un vaticinio que se realizó á la postre:

«Y si el heroísmo de Lincoln es grande, no es menor el heroísmo de Juárez. Él puede repetir la sentencia de Lucano: *Victrix causa diis placuit, sed victa Catoni.* El heroís-

mo en la prosperidad es bello, pero en la adversidad es sublime. Los hombres que se levantan cuando se desploma un mundo sobre su cabeza, son los hombres mayores de la Historia. Vencido, abandonado de América, maldecido por una teocracia que quiere á toda costa conservar sus percederos bienes; entregado al extranjero por una turba de traidores; extendida la espada del primer imperio de Europa sobre su frente, puesta la bayoneta de los zuavos en su pecho; acompañado de generales ineptos ó serviles; * representante de una raza decaída; jefe de un pueblo sin esperanzas; Juárez no se rinde al destino y, severo é inflexible, se levanta, en medio de las ruinas, como la personificación sagrada de la República y de la Patria. Un republicano de la antigüedad, un hombre de Plutarco, tampoco hubiera comprendido esta grandeza. . . .

«Es imposible que haya habido un hombre más firme en sus convicciones, ni más dispuesto á desafiar la adversidad. . . . Para esto tuvo la energía de su voluntad, y la voz de su conciencia, y la severidad de su magistratura, y el rigor inflexible de la ley; y más que la fuerza material, la fuerza de su derecho. . . . *Ser grande con un pueblo grande, como fué Washington, es fácil. Lo difícil es ser grande siendo todo pequeño;* perseverante, en medio de la inconsecuencia; firme, cuando el cielo y la tierra se conjuran contra un hombre. Miradlo perseguido, acosado, sin recursos; con las fuerzas de Francia en su contra; desafiándolo todo con frente erguida, iluminada por los resplandores de la conciencia, mientras que el remordimiento cubre de negras sombras la frente de los vencedores.

«*Estamos seguros deque si el príncipe Maximiliano va á México, mil veces el recuerdo de Juárez turbará sus sueños y comprenderá que mientras haya un hombre tan firme, no puede morir la Democracia en América.* Esos caracteres son una idea de moralidad, viva y luminosa, que la Historia recoge en sus páginas, y que obran siempre en la vida de los pueblos. Si Washington ennobleció la cuna de una República, Juárez ha santificado el sepulcro de otra Re-

* No todos, como lo comprobaron los hechos.—Nota del autor.

pública. *Del sepulcro así ennoblecido se levantará firme y eterna.*»

El mismo tribuno, en un artículo que publicó años después, en *Les Matinées Espagnoles*, de París, dijo:—«No hubo nada digno ni honorable en la expedición de México, ni su preparación, ni su fin, ninguno de los personajes que tomaron parte en ella; sólo hubo de muy grande y de muy honorable la oposición que la combatió y que triunfó contra ella; la adivinación y la audacia del general Prim, *la fe y la fuerza del pueblo mexicano, la dignidad imponente y la energía de fierro de Juárez.*»

La conducta sublime y sin ejemplo de Juárez, arrancó las siguientes líneas á Auguste Vacquerie, quien las estampó en su periódico *Le Rapel*:

«No podemos amar á un hombre *cuyas grandes cualidades* se manifestaron contra la Francia; pero debemos honrar, cualesquiera que hayan sido sus errores, á un patriota que rechazó la invasión y del que todos dijeron que no se nos hubiera arrancado la Alsacia y la Lorena *si, en lugar de todos nuestros Trochus, hubiésemos tenido un Juárez.*»

Esa conducta de Juárez sirvió para inspirar al sublime Gabetta el siguiente párrafo que tomo del célebre discurso que pronunció en la Cámara el 22 de Mayo de 1872, contestando á Mr. Rouher, el ex-ministro de Napoleón:

«México os tiene asido, México os persigue, México que ha hecho ya justicia por medio del castigo eterno que surge de las cosas, de todos aquellos que comprometieron el honor y la grandeza de su país en esa detestable aventura. Sí, la justicia ha comenzado, ella se ha apoderado sucesivamente de Morny, y de Jecker, y de Maximiliano, y de Napoleón III. Ya tiene á Bazaine. Ahora os aguarda!»

Ese ex-ministro, Rouher, tuvo la audacia ó la hipocresía de decir ante esa misma Asamblea, para justificar el fracaso de México: «Ese es el secreto de la Providencia, que no siempre respeta sus propias combinaciones.»

¡Blasfemo! Lo que la Providencia, es decir Dios, no respeta, son las combinaciones malvadas de los piratas internacionales. Y aquí, ateniéndome á los hechos, no sólo podría decir yo que no las respeta, sino que las castiga, si no creyese

que esos castigos son consecuencias lógicas de las tales combinaciones. Así vemos la triste suerte que cupo á los principales personajes de los que fraguaron la intervención y el Imperio. Isabel II fué destronada y murió en el destierro; Napoleón III fué destronado y murió en el destierro, lleno de oprobio; Pío IX fué destronado; Maximiliano fué destronado y murió en un cadalso; Carlota vive loca; Eugenia vive olvidada; Jecker fué fusilado contra una pared, al borde de una cloaca; Bazaine degradado por traidor, fué condenado á prisión perpetua, lo dejaron fugar y murió en el ostracismo; Miramón, Mejía, O'Horan y Vidaurri murieron fusilados.

Resueltamente, esa Providencia, invocada por Mr. Rouher, en estos tiempos de ilustración y de progreso, no es católica ni es monarquista.

En cambio, como queda demostrado, Juárez recibía muestras inequívocas de admiración y de respeto del mundo entero.

El 2 de Mayo de 1865 el Congreso de los Estados Unidos de Colombia decretó, en nombre del pueblo, *«en vista de la abnegación y de la incontrastable perseverancia* que el Señor Benito Juárez, en calidad de Presidente Constitucional de los Estados Unidos Mexicanos, ha despegado en la defensa de la independencia y libertad de su Patria, declara que dicho ciudadano HA MERECIDO BIEN DE LA AMÉRICA, y como homenaje á tales virtudes y *ejemplo á la juventud colombiana*, dispone que el retrato de este eminente hombre de Estado sea conservado en la Biblioteca Nacional, con la siguiente inscripción:

BENITO JUÁREZ, CIUDADANO MEXICANO. EL CONGRESO DE 1865 LE TRIBUTA, EN NOMBRE DEL PUEBLO DE COLOMBIA, ESTE HOMENAJE POR SU CONSTANCIA EN DEFENDER LA LIBERTAD É INDEPENDENCIA DE MÉXICO.»

Un historiador extranjero, reaccionario y clerical, quien debía favores á Maximiliano, Cesar Cantú, para decirlo de una vez, publicó en 1879 una obra de pretendida historia que intituló «Los Ultimos Treinta Años.» Confesó en el prólogo que describía «un pasado que data de ayer: la concisión me obliga á amontonar asertos *sin pruebas ni juicios personales.*» Esto basta para desautorizar su lucubración fantástica y malsana.

En su ignorancia, ó en su bellaquería, que todo puede ser, asienta Cantú en el mencionado libro, que Maximiliano otorgó á los negros la libertad. . . . en los mismos momentos en que Lincoln la decretaba en los Estados Unidos (!) y luego que Juárez, desde el territorio adicto (Estados Unidos) seguía titulándose legítimo Jefe de México, (!) y formula contra el Benemérito de América los dos siguientes cargos:

1° Juárez, prometió á los Estados Unidos el territorio de Sonora, consiguiendo así que lo reconociesen. Esta calumnia no es original de Cantú; la inventó Don Leopoldo O'Donnell, Duque de Tetuán, en la sesión celebrada por el Senado Español el 24 de Diciembre de 1862.

2° El cadáver de Maximiliano, que se habían comprometido á entregar los matadores del príncipe, tuvo que rescatarse á fuerza de ruegos y dinero á aquella oligarquía sin honra y sin entrañas.

Quien no tenía honra ni entrañas era quien tan descaradamente mentía ante el mundo.

Las calumnias de Cantú fueron victoriosamente combatidas por la prensa mexicana y por la europea, por Don Benito Juárez (hijo) y por Don Juan Sánchez Azcona, Ministro de México en Roma.

Cantú trató de justificarse, se defendió torpemente. Por fin, en una carta que desde Milán dirigió, el 26 de Diciembre de 1886, al Sr. Sánchez Azcona, y que en copia certificada tengo á la vista, le dice:—«Tiene Ud. razón en cuanto á los derechos que la Justicia tiene contra el enemigo armado; pero en todas partes se reserva el derecho de gracia.»

«En las publicaciones oficiales presentan tales testimonios á propósito de la Sonora, que justifican á un extranjero que pudo creer en eso.»

«Hago votos, con motivo del nuevo año, por vos y por vuestra Patria tan digna de *toda clase de felicidades*.»

La verdad es que Juárez no sólo no pactó la enajenación de parte del territorio nacional, sino que ni en los días de mayores angustias y peligros aceptó las ofertas de auxilio de potencia extranjera, que bajo diversas formas se le hicieron; y cuando en Marzo de 1865 se trató de enganchar americanos que viniesen á combatir contra los franceses, austriacos

y belgas que sostenían el Imperio, se establecieron bases, cláusulas claras y firmes que ponían á cubierto la honra nacional y la integridad de la Patria.

En un banquete que dieron á Juárez en Chihuahua el 4 de Diciembre de 1834, hizo, en un brindis, estas solemnes declaraciones: «Vemos á los franceses partir de nuestro territorio; pero hay otras naciones que hablan de intervenir en los asuntos de México. Nada de esto queremos, ni de Francia, ni de España, ni de Inglaterra, *ni de los Estados Unidos*. Nos creemos capaces de gobernarnos por nosotros mismos si se nos deja en libertad de hacerlo. *Preciso es que nuestro territorio permanezca intacto y que establezcamos en él las Leyes de Reforma* por que luchamos de tiempo atrás.»

En un discurso que pronunció en Puebla Mr. Seward, el célebre diplomático americano, dijo que Juárez era el hombre más grande que había conocido. Mr. Thomas H. Nelson, Ministro de los Estados Unidos en nuestro país, llamó la atención á Mr. Seward sobre esas palabras, que creyó impremeditadas é hijas del calor de la improvisación y le dijo: ¿Sostiene Ud. lo que asentó en su discurso de Puebla respecto á Juárez, de que era el hombre más grande que había Ud. conocido? Recuerde Ud. que ha sido contemporáneo y ha tratado á Webster, Clay, Colhoun y otros muchos hombres notables de su país y que coloca Ud. á Juárez sobre todos ellos.» El Sr. Seward contestó: «Lo que he dicho sobre Juárez ha sido después de maduro examen y deseo sostener mi dicho.»

Pero también ha habido y hay mexicanos que han osado opacar la gloria de este gran repúblico, y que han llegado hasta considerar su peregrinación por los desiertos como una excursión de sibaritas! Es que ellos no sintieron cómo el suelo patrio temblaba y desaparecía bajo sus pies, á medida que avanzaban las fuerzas franco-traidoras; ni oyeron el gemido de las víctimas arrojadas al ostracismo, encerradas en inmundos calabozos, ó arrastradas al patíbulo. Tampoco escucharon la imprecação de los que rodaban en los campos de batalla pidiendo á sus hermanos venganza contra las hordas que violaban el territorio. No aspiraron el humo de nuestras cabañas, de nuestras rancherías, de poblaciones enteras

incendiadas por el invasor. No vieron asesinar por esos representantes de la civilización, á los ancianos indefensos ni violar á las mujeres desvalidas. No oían vociferar á diario, á cada hora, la noticia de la muerte trágica de alguno de nuestros héroes, ó la vergonzosa de la defección de algunos de nuestros jefes desalentados ó cobardes. No sabían que durante ese período se libraron 1,020 acciones de guerra, y que hubo en las filas republicanas más de 50,000 hombres puestos fuera de combate, sin contar los prisioneros. Pero Juárez sabía todo eso, sentía todo eso, y su gran alma de patriota, acostumbrada á menospreciar los sufrimientos propios, hacía suyos todos los de su Patria, todos los de sus compatriotas, y apuraba, gota á gota, aquel inmenso cáliz de amargura, sin tener siquiera la debilidad de pedir al Eterno Padre que lo apartase de sus labios. ¡Ese fué el deleite sibarítico que tuvo Juárez en su peregrinación!

No: ese fué el pedestal inconmensurable de su gloria sin par y eterna.

CAPITULO XVI

La restauración.—El país sanciona los hechos de Juárez y lo reelige Presidente.—
El partido liberal se vuelve á dividir.—Por qué Juárez no cimentó la paz.—La muerte del indio.

Apenas ocupó Juárez la Capital, cuando procuró restablecer el orden constitucional, á cuyo efecto expidió la Convocatoria para las elecciones de los poderes federales y para los de los Estados.

Aunque desde el primer momento que siguió al triunfo, el partido liberal reveló indicios de querer caer en su antigua y funestísima costumbre de dividirse, se contuvo ante la consideración patriótica de que era indispensable reelegir á Juárez, para darle de esa manera un voto de gracia nacional, para demostrar que el pueblo aprobaba plenamente su conducta, y para significar al mundo que en Juárez había estado y seguían estando vinculados el amor, el respeto y la gratitud de la Nación.

En verdad la Convocatoria, cuya paternidad se atribuyó á Don Sebastián Lerdo de Tejada, fué recibida con marcado disgusto por gran parte del partido liberal, que sólo quiso ver en ella una tentativa del Gobierno para armarse con el veto contra las disposiciones legislativas, y para dar voto activo y pasivo al clero.

Nada menos justificado. La última suposición no tuvo más fundamento que la sospecha de que Lerdo de Tejada era partidario del clero, cuando en realidad, y como lo demostraron los hechos posteriores, no tuvo éste enemigo más terrible.